

# **De la pandemia no saldremos igual. Saldremos peor o mejor. De nosotros depende**

---

**José Ignacio González Faus**  
**Cristianisme i Justícia**  
**Barcelona, España**

## **1. Fragilidad y crueldad, características del género humano**

Una de las grandes lecciones que nos ha traído la covid-19 ha sido volver a recordarnos hasta qué punto somos frágiles las criaturas humanas, expuestas a fuerzas desconocidas que pueden causarnos grandes daños, y que siempre pretendemos tener ya dominadas.

Tras cada peste o cada “gripe española”, reaccionamos como si la hubiéramos superado para siempre y ya no fuera a repetirse más. Lo mismo hacemos tras cada tsunami y cada Chernóbil... En vez de reconocer nuestra fragilidad, confiamos en el poder de la ciencia.

Y la ciencia, por supuesto, es admirable y muy necesaria. Pero la idolatramos, ponemos en ella toda nuestra confianza y olvidamos que es característica suya el que cada respuesta que da, suscita una nueva pregunta, y cada problema práctico que resuelve acaba sacando a la luz nuevos problemas. Hemos intentado tranquilizarnos hablando de “expertos” y remitiéndonos a ellos. Pero nadie, absolutamente nadie, era un experto en la covid-19. A lo más, algunos epidemiólogos y colegas de ese género, podían tener algunos datos útiles sobre cómo comportarnos; pero se han visto desbordados por las características nuevas de esta otra epidemia.

Sin embargo, seguimos anhelando “volver a la normalidad”, cuando *normalidad no significa más que un retorno a nuestra fragilidad y a nuestro olvido de ella.*

Y lo peor es que, además de frágiles, somos crueles; y *nuestra normalidad consiste en ocultar el dolor del mundo*. Eso merece una consideración más atenta.

### *¿Es esto normal?*

En este mundo —que creemos haber convertido en una “aldea global”—, diariamente mueren de hambre 25,000 seres humanos, 9,000 de ellos niños. ¿No es increíble que nosotros podamos no solo comer, sino banquetear tranquilamente, sin que nos muerda no solo el hambre, sino la desesperación de esas madres que no pueden calmar el hambre de sus criaturas? Y aun así, la obesidad es una de nuestras mayores enfermedades. Tanto que lo que se gasta en terapias y pérdidas de peso, o la cantidad de alimentos que se destrazan para mantener altos los precios, sería suficiente para calmar esa desesperación de los hambrientos.

En esta aldea global, hay millones de gentes víctimas de la guerra, con esas heridas que no pueden curarse bien y con la necesidad de convertirse en unos teóricos “refugiados”, de los cuales muy pocos encontrarán acogida en otro lugar. Y los que se consideran “civilizados”, obtienen parte de su riqueza de la venta y negocio de armas, para que los no civilizados puedan dispararse bien, aunque tengan que alimentarse mal.

Este género humano sigue practicando la tortura, con procedimientos calculados, refinados y sobrecogedores; hay incluso escuelas para enseñar a torturar y esa ciencia se exporta a los países menos “civilizados”. En este mundo de la dignidad humana, se trafica con seres humanos para fines de experimentación médica o de prostitución sexual. Y es estremecedor el grado de esclavitud que llegan a soportar algunas de esas pobres criaturas.

En este mundo que proclama la igualdad en derechos de todo ser humano, hay gente que posee cuatro o cinco mansiones de lujo en diversas ciudades del planeta, y gente que duerme en la calle, porque carece de esas “cuatro paredes” y un catre, que nosotros echaríamos a la basura. Hay mafias invencibles, que comercian con la droga, que matan impunemente a quien les cause la mínima dificultad y que llegan a constituirse como “estados paralelos e invasores” en algún país.

En este mundo tan aparentemente unificado, el uno por ciento de su población posee casi tanta riqueza como el 99 por ciento restante. Pero, en lugar de denostarlos como ladrones, los respetamos y veneramos como si su fortuna fuera fruto de sus méritos. Hemos llegado a establecer como principio de buena educación la creencia de que todos los ricos lo son por sus méritos y que todos los pobres y sufrientes lo son por su culpa. Esta no es solo la mejor manera de despreocuparnos de ellos, sino que también nos permite ir desmontando poco a poco la salud y la educación pública, con la excusa de arreglarlas. Porque las

grandes necesidades humanas siempre son una gran fuente de enriquecimiento para unos pocos.

En este mundo, donde todos tienen libertad de expresión, pero solo unos pocos tienen posibilidad para ejercer esa libertad, esos pocos proclaman que “nunca ha estado la humanidad tan bien como hoy” o que “estamos mejor que nunca”. Una pseudociencia que, aunque fuese verdad, solo sirve para adormecer nuestra conciencia, porque transmite la sensación de que “estamos bastante bien”.

Este mundo tan admirador de su “progreso” ha creado unas sociedades donde los futbolistas son más importantes que las enfermeras; deslocaliza sus empresas y las traslada a Asia para emplear a niños que deberían estar en la escuela. Y se defiende alegando que así entra en sus casas algún ingreso y más vale eso que nada, pues las empresas no quieren emplear a sus padres, porque tendrían que pagarles más. Este mundo ha inoculado en la madre tierra una enfermedad mortal, no sabemos si ya incurable, mientras se niega a cambiar la dirección de su progreso, limitándose a aplicar unos paños calientes a esa tierra gravemente enferma.

Y, en tono menor, pero también con la necesidad de no esconderlo, la porción teóricamente más adelantada de este mundo proclama vivir en una democracia, mientras está sometida a la dictadura cruel de unos poderes económicos transnacionales, que no han sido elegidos por nadie, pero condicionan todas las actividades de los políticos. Hasta el punto que, en casos de crisis y endeudamiento, es más importante asegurar los beneficios de los bancos que la subsistencia de las personas.

Así estamos, satisfechos con una mal llamada democracia, donde la legislatura debería más bien llamarse “insultamento”, porque allí no se va a dialogar, ni a conseguir acuerdos, sino a insultar y a faltar al respeto al otro; y es donde asistimos a una pantomima de votación, cuyo resultado final es ya conocido de antemano. De modo que las sesiones de los diputados podrían suprimirse sin que pasase nada, comunicando solo el resultado de las negociaciones previas. Así se ahorraría un tiempo y un dinero que podrían dedicarse a dar clases de educación a algunos representantes del pueblo..., y a enseñar a los políticos que esa libertad, que tanto jalean en otros momentos, la deben tener ahora para votar lo que les dicte la conciencia y no lo que les dicte el partido.

### *Nuestros señores...*

Porque, además, esas democracias proclaman su fe casi religiosa en un dios mercado, cuya providencia regula todas las relaciones; pero luego, los que se llaman servidores del pueblo, se asignan a sí mismos la retribución por sus ¿servicios? y su jubilación, sin dar opción al patrón a quien sirven para que sea él quien la decida. Luego, defenderán el “mercado de trabajo”, pero ellos se han

autoexcluido de ese mercado. Así se ha creado una especie de “*clericalismo de los políticos*”, al que cabe aplicar las duras palabras de Francisco contra el clericalismo eclesiástico.

Este mundo tan inhumano tiene un diagnóstico que procuramos desconocer o nos negamos a aceptar: “la raíz de todos sus males es la pasión por la riqueza privada” (*cfr.* 1 Tim 6,10). Esa pasión, justificada además como virtud, nos ha llevado a construir una “sociedad-mercado”, en vez de una “sociedad de convivencia”. Y a establecer como *principio fundamental la competitividad*, en vez del principio básico de la solidaridad.

La mayor prueba de lo desolador de este panorama es que *nos negamos a mirarlo*: simplemente porque no lo soportaríamos y porque nos culpabiliza sin decirnos nada. Es frecuente el gesto de apagar el televisor, cuando nos informa de una milésima parte de todo lo expuesto, alegando ese dicho manido: “ay, es que así no se puede comer”. Pero cuando la sola imagen nos impide comer, deberíamos preguntarnos si la realidad nos permite comer. Y perdón si es muy duro, pero me lo pregunto también a mí mismo.

A este mundo y a esta humanidad es a los que la pandemia ha pillado desprevenidos... ¿No es este un mundo tan cruel e inhumano, merecedor de uno de esos llamados “castigos bíblicos”?

## 2. Autoexamen

Pero no. Ni Dios es castigador, ni necesitamos un Dios “castigador”. Es nuestra misma conducta la que nos coloca a veces ante una doble amenaza que nos obliga a optar. Y en este caso, el dilema es seguir como estábamos, a costa de la vida de media humanidad y destrozando nuestra casa, que no me atrevo a llamar “común”, o buscar eso que la Biblia suele llamar conversión, traduciendo una palabra hebrea que significa “*cambio de rumbo*”.

### “*Lágrimas en las cosas y muerte en nuestra almas*” (*Eneida I, 462*)

A pesar de todo lo dicho, si leemos esos maravillosos poemas bíblicos llamados *Lamentaciones*, falsamente atribuidos a Jeremías, descubriremos algo importante: para un judío de entonces, que Jerusalén fuera tomada y arrasada era algo tan increíble, y parecía tan ratificado por experiencias previas, que también olvidaron su debilidad. Y el dolor y la desesperación que brotaron ante la brutal caída de Jerusalén, convierten nuestro pavor ante la covid-19 en meras lágrimas de cocodrilo. No sé si se han escrito lamentos más desgarrados en toda la historia humana.

Y sin embargo, en medio de aquella desesperación, rebrota y resuena la voz del poeta. Aquel hombre que dice “haber probado el dolor” y que “le han

arrancado la paz y no recuerda la dicha”, se atreve a gritar en seguida que “la misericordia del Señor no termina y su compasión no se acaba”, que “el Señor no goza afligiendo, sino que se compadece siempre”. Y ello “le da esperanza” (ver el capítulo 3 de esas *Lamentaciones*).

No hace falta que hagamos una lectura religiosa de todo eso. Basta con lo que podríamos llamar una “fe terrena”, que sea verdaderamente fe y no falsa ilusión fácil y cómoda. Recordemos el célebre verso de Hölderlin, que algunos han citado también estos días: “donde hay peligro, crece lo que nos salva”. Pero no crece por sí mismo; necesita ser cultivado por nosotros.

Como pequeñas estrellas en la noche de hoy, los medios comentan maravillados cómo han descendido las emisiones de CO<sub>2</sub> y cómo se ha purificado nuestra atmósfera. O cómo han disminuido los accidentes de tránsito. Cómo hemos descubierto la capacidad de sacrificio, de solidaridad y de ternura en nuestro personal sanitario... Son cosas pequeñas, pero pueden ser gérmenes. Y el que lo sean, va a depender de nosotros y nos exige un estudio serio y un esfuerzo constante.

El repetido eslogan de la metodología científica, “prueba y error” (*trial and error*), debemos aplicarlo ahora, no a un problema particular, sino a *toda nuestra actitud ante el cosmos y la vida de la humanidad*. Y eso, tanto en nuestra forma original de mirar y de abrirnos al mundo como en las mil cuestiones prácticas que pueden derivar de ella. Por lo que toca al primer campo, tenemos ya constataciones suficientes de que *había algún error en nuestro modo de estar en este mundo*.

Si en este planeta Tierra viven miles de millones de personas, y cada una de ellas tiene una dignidad inalienable y unos derechos sagrados, parece que *la primera meta de toda vida humana en la tierra ha de ser construir convivencia*. “Nada hay más agradable ni más delicioso que la convivencia de hermanos unidos”, cantaba el salmista. No más progreso técnico, ni más bienestar superfluo, ni más armas invencibles, ni más guetos intocables, sino una mejor convivencia, en la mayor paz y armonía posibles. Si la cultura y las humanidades son tan importantes, es porque en ellas es fundamental la cuestión de la convivencia y las relaciones entre las personas. Y porque, en una convivencia sana y establecida, es donde mayores niveles de felicidad pueden caber para todo el género humano.

### ***Hacia nuestras raíces***

Si se acepta esta óptica, y mirando ahora este mundo occidental que se atribuye una discutible misión de liderazgo en el planeta, quisiera señalar lo que puede ser *el gran “pecado original” de occidente: el individualismo*. Una lastra que lastra toda nuestra historia y la de nuestra llamada modernidad. Valdrá la pena que nos remontemos un poco a nuestras raíces más hondas.

Se ha señalado ya en más de tres ocasiones que un venero de ese individualismo está en la filosofía de Descartes y en el famoso “pienso, luego existo”. En un momento de duda total y absoluta, la primera y máxima certeza, y el punto de partida de toda reflexión es mi yo: “pienso, luego existo”. A pesar de su recurso a las “ideas claras y distintas” para seguir avanzando, Descartes no encontró la manera de reformar ese atisbo inicial para llegar a la verdadera certeza-punto-de-partida: “existimos, luego existo”. No supo comprender que si “pienso”, es señal no solo de que existo yo, sino de que existe “algo” fuera de mí, porque “nada hay en la inteligencia que no haya entrado por los sentidos”. No caer en la cuenta de esto le llevó a admitir que tenemos ideas innatas (¡!).

Pero, en fin, como todos los genios se adelantan a su época, quizá habremos de decir que Descartes fue el primero que se hizo una *selfie*, aun sin tener un teléfono inteligente... Esa es nuestra forma más originaria de estar en el mundo.

Y ese pecado original sigue infectando la historia posterior. El imperativo absoluto de nuestra modernidad fue proclamado así por uno de los padres de la llamada Ilustración: *sapere aude*, atrevete a ser sabio y a decidir por tu cuenta, porque solo así saldrás de “una minoría de edad culpable”. Algo muy importante y decisivo intuyó Kant al hablar así. Pero esa intuición venía lastrada por el individualismo cartesiano. Es un imperativo que se dirige *a mí como individuo aislado*<sup>1</sup>. El bueno de Kant no encontró manera de decirnos: *sapere audeamus*, atrevámonos a decidir entre todos.

El resultado es que, si millones de personas deciden pensar y actuar por su cuenta —prescindiendo ahora del dato fundamental de que eso no hubiera sido posible sin el previo influjo positivo de otros muchos en su desarrollo—, se producirá un choque de actitudes y de decisiones, que habrá de llevar a la confrontación y acabará reduciendo la convivencia humana a una supresión de enemigos, por un lado, y a meras alianzas tácticas, por el otro.

De manera más pragmática, por británica, otro gran discípulo de Descartes y padre de nuestra modernidad, el inglés Locke, escribe grandes páginas en defensa de la libertad, pero acaba casi identificando libertad y propiedad. Por algo se le conoce hoy como el padre del llamado “individualismo posesivo” (C. B. Macpherson).

Así estamos. Decir que te atrevas a decidir es algo moderno y estimulante, pero cuando se dice de manera solo individualista, puede acabar en esa colección de irresponsables, verdaderos autistas, que pasean por las calles sin mascarilla

---

1. Más claro lo formulará Fichte, cuando escribe en su *Segunda introducción*: “un actuar cuyo fundamento no puede ser otro que el yo mismo”. Ver la cita completa en W. Pannenberg, *Una historia de la filosofía desde la idea de Dios*, p. 254 (Salamanca, 2001).

y sin guardar distancias, seguros de sí mismos y sin pensar en los demás. Y encima, se sienten conscientes y adultos, cuando se están comportando como inconscientes y menores de edad... ¡Qué distinto hubiera sido un consejo de que nos atrevamos a ser conscientes todos a la vez!

Alguien que entrevió todo ese error original, pero no supo solucionarlo, fue el temido y denostado K. Marx. Este será su valor perenne para nosotros y *por eso, nos molesta tanto*. Su provocadora crítica de que los derechos del hombre que occidente proclama son los “derechos del hombre alienado”, no es cierta del todo. Precisamente, todas las declaraciones están hechas en plural como derechos de todos los seres humanos. Pero acierta en la forma individualista como hemos tomado nosotros aquellas declaraciones: como derechos míos o, a lo más, de mi grupo, y nada más. Con lo cual, hemos acabado llamando derechos a muchos deseos. Así es como el capitalismo pervierte la libertad en un derecho a oprimir. Porque *los derechos humanos o son de todos o no son derechos*. En todo caso, serán “derechas”, si se me permite la ironía. Y, por grande que sea la libertad, nadie tiene libertad para hacer daño o poner en peligro a los demás.

Aceptada parte de esta crítica como una reivindicación de los demás, Marx no encuentra luego la síntesis cuando, ante el tema de la muerte, no sabe decir sino que “es una dura victoria del género sobre el individuo”. El “ser genérico”, que podría ser una buena formulación de la aportación de Marx, se deforma como un ser “solo genérico”, donde el individuo desaparece ante el género. Y eso da lugar a aquella innegable sandez, o superstición, impropia de un ateo, de que no hace falta ningún mandamiento del amor, ya que con solo que cambiemos las relaciones de producción, el egoísmo quedará vencido y se producirá “la identificación entre ser individual y ser genérico”, sin ninguna necesidad de apelar al amor. Pero es que todos los hombres necesitamos creer “en algo”...

Y ya no sé si es estirar demasiado el decir que de ahí pasamos a un existencialismo que descubre al hombre con *una finitud limitada y una libertad ilimitada*, para concluir que “el infierno son los otros”. Su autor debería haber matizado que el infierno son los otros, *cuando no puedo explotarlos y aprovecharme de ellos*; pero nosotros deberíamos recordar que esa frase está escrita en una situación como de “confinamiento” —*Puerta cerrada* se titula la obra de Sartre. Así, hasta llegar al “transhumanismo” actual, que reconoce que el hombre debe ser profundamente cambiado, pero aspira a conseguir eso mediante la tecnología y la genética.

### ***O todos o ninguno***

Curiosamente, el cristianismo y el budismo, ejemplo de las dos cosmovisiones que más han insistido en la superación del ego, se caracterizan por ser *cosmovisiones comunitarias*: la *shanga* en el budismo y la *iglesia* en el cristianismo. Y

eso pese a, o precisamente por, que ambos pretenden llegar hasta lo más hondo del individuo. Los cristianos no hemos recapitado bastante hasta qué punto todas las oraciones oficiales son oraciones comunitarias: el Padre nuestro siempre habla en plural, las oraciones al Espíritu Santo, que después de la anterior, son las más centrales para la vida cristiana, piden siempre en plural: “llena los corazones de los tuyos”, “visita las mentalidades de los tuyos”, “luz felicitante, llena lo más íntimo del corazón de tus fieles”. En todos esos plurales, se refleja esa mentalidad que antes echábamos de menos: soy porque somos.

Si este análisis es válido, podemos abrirnos a un futuro, que estaría marcado por la opción entre dos imperativos, que podemos contrastar así: *el imperativo tecnológico* o *el imperativo humano*. El primero significa que cuando algo es posible, técnicamente hablando, hay que hacerlo sin más, sin ninguna consideración de los efectos que eso pueda causar al conjunto de la humanidad. Si es posible construir una bomba atómica, se construye sin atender a los daños que podría causar. Si es posible ir a la Luna, hay que ir en seguida, sin considerar si eso es lo que más necesita hoy el género humano. Si es posible destruir el planeta en provecho propio, lo destruimos, confiando en que luego la ciencia ya nos encontrará una solución... Podríamos seguir con alusiones a la genética. Pero será más útil destacar hasta qué punto nos justificamos. Unas veces arguyendo que “si no lo hago yo, lo harán otros”, según aquel principio de “competitividad como primera regla de la convivencia”, que enunciamos al final de la parte anterior. Otras veces arguyendo, con una superstición parecida a la de Marx, que todo aquello que es técnicamente posible, será humanamente bueno.

El otro imperativo podemos visualizarlo en el ya célebre título que dio Leonardo Boff a su primer libro sobre el drama ecológico: *Grito de la tierra, grito de los pobres*. Que la tierra está gritando, es algo que ya comenzamos a aceptar. Se nos dice también que la covid-19 puede acabar siendo nefasta para los más pobres, que no pueden confinarse, ni pueden dejar de ir a trabajar un solo día, porque aquello constituye su escaso sustento cotidiano. Y si hasta ahora parece que la pandemia los ha respetado más, porque son países más cerrados, sin tanto flujo de gente como Europa o Estados Unidos —o a lo mejor porque tenemos menos información sobre ellos—, ya comienzan a aparecer situaciones desesperadas, en países como Ecuador (en Guayaquil, por ejemplo) o Perú.

Pero como, además, este virus nos ha afectado primero a nosotros, los ricos, poniendo de relieve nuestra fragilidad, tal como dijimos en la primera parte, que es también una forma de pobreza, resulta que el título de Boff puede extenderse de la siguiente manera: *Grito de la tierra, grito de los pobres, grito de los hombres*. Y este parece ser el verdadero horizonte que tenemos ante nosotros.

Lo que queda, pues, es si, entre todos, nos atrevemos a mirar un poco cómo habrían de ser las cosas, si logramos abrirnos comunitariamente a ese horizonte.



### 3. Imposibles necesarios

Nuestro futuro está marcado por dos amenazas contrapuestas: una pandemia sanitaria y una pandemia socioeconómica. Una repetición de la covid-19, que nos obligue a retroceder otra vez, lo cual es sólidamente probable, mientras no existan vacunas generalizadas; y una crisis económica, que pronostican ya como terrible y que, además, no será una de esas clásicas crisis del capitalismo, que brotan por el descenso de la oferta, o la demanda, sino una crisis nueva, que nace de una parálisis de la producción. En cualquier caso, habría que procurar que no se resuelva como la pasada crisis de 2008, con *esa fórmula criminal de austeridad para los más pobres y beneficios para los más ricos*<sup>2</sup>.

Ante este panorama, la reflexión anterior nos impone unas conductas que concretarían aquel *sapere audeamus*, atrevámonos a pensar todos juntos, con lo cual corregíamos a Kant. Esas conductas pueden concretarse en un principio acuñado ya en los comienzos de la globalización y olvidado luego: *pensar globalmente y actuar localmente*.

Pero eso que hoy parece tan necesario, parece también imposible. Veamos algunos ejemplos: (1) *El servicio universal ante el beneficio particular*. La covid-19 nos ha sorprendido en una hora de pensamiento local, obsesivo y exclusivo. Buen ejemplo de ello es la repetida denuncia de Noam Chomsky: las industrias farmacéuticas estaban suficientemente advertidas de la gran probabilidad de esta pandemia. Pero pensaron que tratar de frenar la epidemia no les reportaba ningún beneficio; mientras que el estallido de una pandemia siempre es una fuente de ganancias, en vacunas y medicamentos.

Ese individualismo generó este aviso irónico que no sé de quién es: “mucho más peligroso que el coronavirus es el virus del miedo”. Y ese pánico ha hecho que la crisis económica se dé como segura y terrible, ya desde mucho antes de que haya aparecido. De hecho, en las grandes crisis anteriores —la peste negra de mediados del siglo XIX y la gripe española de 1918— murieron millones de personas, muchas más que ahora, pero no hubo crisis económica. Alguien argüirá que fueron todos esos tantísimos muertos, en una población mundial mucho más reducida, los que evitaron la crisis económica. Quizás, no lo sé. Pero lo innegable es que nuestros poderes económicos atraviesan ya una ola de pánico, antes de que haya llegado la crisis. Y el pánico, además de fomentar el egoísmo

---

2. En esta España desde donde escribo, la crisis de 2008 ha supuesto que los ciudadanos más ricos pasen de controlar el 44 por ciento a controlar el 53 por ciento de la riqueza, mientras que el salario real de la décima parte más pobre de la población cayó el 30 por ciento —y no son datos de ningún Pablo Iglesias, sino del Banco de España. Sin contar la cantidad de personal sanitario que tuvo que emigrar y que tanta falta nos ha hecho luego.

y la crueldad, el “sálvese quien pueda”, es un factor económicamente desastroso: “el capital es muy asustadizo”, dicen eufemísticamente los cobardes capitalistas.

En cualquier caso, puede ser que, aún peor que el coronavirus, resulte ser el “mercado-virus”. Sería necesario evitarlo, pero no veo cómo.

(2) *Autoridad ante el armamento y los paraísos fiscales.* Tan necesaria como imposible, es también la existencia de unas Naciones Unidas con verdadera autoridad mundial para enfrentar los problemas globales —y, por supuesto, sin ningún derecho de veto— y con un tribunal mundial de justicia, que obligue a todos los países. Una autoridad que tuviese reservada una buena parte del uso y de la producción de armas, liberando así una gran cantidad de riqueza para invertirla en salud pública para todos y no en la destrucción de unos por otros.

Tal autoridad mundial sería la única capaz de acabar con la tortura y los paraísos fiscales, esa otra afirmación de la libertad propia contra la vida de los demás. Es imposible acabar con ellos a niveles meramente locales, porque muchos países pequeños de los considerados “respetables” (Luxemburgo, Países Bajos...) funcionan como tales. Total: otra fuente de ingresos desaprovechada.

(3) *Energía versus contaminación.* Pensando globalmente, comprenderemos también la necesidad de acabar con todas las industrias contaminantes y de invertir en energías renovables, que pueden crear muchos empleos, aunque, a corto plazo, no produzcan más beneficio que el de un planeta más sano. Pero un planeta más sano nos daría después una vida más sana. Y un ahorro importante en energía.

(4) *Limitación de los ingresos y los beneficios.* Pensar globalmente nos obligaría a acabar con el imperativo económico de buscar en toda inversión y operación “el máximo beneficio”, con lo cual desaparecerían las deslocalizaciones, que últimamente han hecho tanto daño a muchos como gran beneficio a pocos. Ello podría acabar llevando a imponer límites legales universales a los salarios y las ganancias. ¡Clama al cielo que exista legalmente un salario mínimo y no un salario máximo!

(5) *Impuestos y propiedad.* En esa misma línea, son absolutamente necesarios (¿e imposibles?) unos impuestos altísimos para todos los mil-millonarios y muy altos para todos los cien-millonarios. Esta propuesta tan necesaria, que será rechazada con furor, nos obliga a recordar que el derecho más primario de propiedad es que los bienes de la tierra han de ser accesibles a todos, no a unos pocos, y, por tanto, que el derecho de propiedad privada es un derecho *secundario*, el cual debe ceder ante el otro derecho primario. Y, por ende, toda propiedad privada que obstaculice ese derecho primario es simplemente un robo, que debe ser devuelto.

Todos estos datos hacen ver que quizás no es cierto el argumento ese de que muchas medidas que serían útiles para dotarnos de más protección o impedir la

gran probabilidad de un rebrote de la pandemia, son medidas imposibles, porque no hay dinero para ellas. Lo que no hay es voluntad de recabar esa financiación allí donde debería hacerse.

(6) *Renta mínima o trabajo básico*. El dato antes citado sobre el empobrecimiento de buena parte de España y de otros países, y el aumento de las diferencias, dato cuidadosamente olvidado, ha llevado al actual gobierno español a esa llamada “renta mínima”, que acaba de aprobarse. Parece importante recordar que, en este caso concreto, el importe total de esa renta mínima asciende a 3,000 millones de euros y que, en España, hay unas pocas fortunas o patrimonios individuales que duplican y hasta multiplican por más de diez esa cantidad. *Esta desproporción es aún mayor en otros países*. Si esto no nos hace pensar, es que algo nos pasa.

Pero creo que existe una solución aún mejor y es que el Estado se convierta en garante no de una simple renta, sino de un trabajo. Como escribe *Le Monde Diplomatique* (mayo de 2020, p. 15):

el Estado debe garantizar un trabajo. El nuevo acuerdo de Sanders y Ocasio-Cortez incluye esta medida simple pero esencial: el Estado se compromete a ofrecer o financiar un empleo a cualquier persona que desee trabajar con el salario base del sector público, o más. Del mismo modo que los bancos centrales son los prestamistas “de último recurso” en las crisis financieras, con la garantía de empleo, el Estado se convierte en financiador de empleo “de último recurso” [...] Con el empleo garantizado, el trabajo deja de ser una mercancía, ya que su existencia y utilidad no están determinadas por el mercado.

Así desaparecería ese eufemismo nefasto del “mercado de trabajo”, que, como ya criticó Polany hace años, es en realidad mercado de trabajadores, de personas. Y por tanto, mercado de esclavos, en nuestra “civilizada” sociedad del siglo XXI.

(7) *Consumismo*. De aquí podría derivarse otra corrección fundamental, tan necesaria como imposible, en nuestra sociedad de la riqueza: acabar con la exacerbación del consumo, producida mediante la creación de falsas necesidades. La llamada “sociedad de consumo” ha puesto en él todo el sentido de la vida y su catecismo comienza así: “el hombre fue criado para consumir”. El filósofo coreano Byung-Chul Han escribe que hemos convertido el mundo en unos grandes almacenes y todas las relaciones humanas en relaciones comerciales. Así, hemos ido a dar en lo que llama *La sociedad del cansancio*. Y esos ciudadanos “cansados” son un material óptimo para cualquier movimiento como el Daesh o las extremas derechas, que les ofrecen una seguridad y una causa para la cual vivir y una oportunidad para descargar agresividades.

Porque, a la larga, hemos ido viendo que el consumismo no da la felicidad que promete, ni da un sentido por el que vivir, lo cual ha llevado a la reaparición

de mil extremos fundamentalistas, sobre todo, de carácter nacionalista y xenófobo, que ofrecen una causa para la cual vivir y a la que apuntarse. Y que, desde esa necesidad de sentido, son aceptadas de manera fundamentalista y acrítica. El personal sanitario, al que tanto hemos aplaudido en estos días, ha encontrado un sentido mucho mayor en su dedicación a la salud que el que otros buscan en el consumismo desenfrenado e insolidario. Y ello a pesar de que su dedicación ha sido excesiva, agotadora y muy arriesgada, porque nuestra tendencia social a creer más en nuestro poder que en nuestra fragilidad, los sorprendió desprevenidos y sin recursos.

Ojalá aprendamos, pues, que un cierto proteccionismo moderado puede ser necesario para que no volvamos a vernos un día con total carencia de mascarillas y respiradores, obligados a buscarlos a miles de kilómetros de distancia y a toda velocidad, y exponiéndonos a los clásicos timos y engaños, que suelen provocar estas situaciones de angustia. Pero nosotros, orgullosos de nuestro poder y olvidados de nuestra fragilidad, habíamos creído que no los íbamos a necesitar nunca, y que era mucho más rentable producir armas, y producir coches y aviones y productos de lujo, que esas minucias innecesarias y poco rentables...

(8) *Turismo moderado*. Reconociendo que no se trata de supresión, sino de moderación o sobriedad en el consumo, vale la misma norma para otra estructura de nuestra vida “normal”, fuente de tantos ingresos como males: el turismo. Es malo que la economía de un país gire más en torno al turismo y los servicios, que a la producción, como pasa en España<sup>3</sup>.

Saliendo de España, recordemos el tsunami del océano Índico de 2004, tan atroz, que costó la vida a casi 300,000 personas y con el que ya no nos sirvió la palabra *maremoto* para designarlo y hubimos de recurrir al vocablo japonés (de composición muy similar al español). Pues bien, muchos ecologistas sostuvieron entonces que la causa que agrandó sus dimensiones fue haber talado, para beneficio del turismo, toda una cadena de manglares que frenaba la fuerza del agua. Sin llegar a tanto, resulta vergonzoso que países pobres construyan —solo para atraer turistas— unas instalaciones de lujo que distan años-luz del nivel de vida de los habitantes del lugar.

Tampoco parece necesario ese tipo de turismo borreguil de tantas gentes, que parecen viajar no para aprender algo, sino solo para hacer fotos y enseñarlas a los vecinos a la vuelta. El turismo es bueno y encantador. Y puede enseñar mucho.

---

3. De hecho, Alemania, con mucho menos sol, adelanta a España en la instalación de energías renovables. Y es muy lamentable que buena parte de este Mediterráneo desde donde escribo, por la obsesión del beneficio inmediato, haya renegado del cultivo de la tierra y, parodiando a J. M. Serrat, “han vertido allí mil bloques de Marbella a Sant Feliu”, que ya no podrán “pintar de azul las blancas noches” del cantante.

Pero debe, otra vez, mantener unos límites de sobriedad, si queremos que sea turismo humano y no turismo del dinero.

(9) *¿Vida o libertad?* Como se ve, la covid-19 nos ha ido poniendo delante la imposibilidad, y la necesidad, de juntar vida y libertad. Eso me ha recordado una frase de Margaret Thatcher, cuando envió a unos cuantos ingleses a morir en las Malvinas: “hay cosas que valen más que la vida, por ejemplo: la libertad”. Con ello, estaba queriendo decir que la libertad *propia*, la suya, valía más, no que la vida propia, sino que la vida *de los otros*. Esa es exactamente la manera como algunos intentan hoy resolver ese dilema. Ya deberíamos saber que es un camino errado.

Pero ¿cómo armonizar cuidado de la vida y respeto a la libertad?

(10) *Considerar todos los factores que intervienen.* Todos los puntos abordados tienen un rasgo común, que ha sido fundamental también para enfocar bien la actual pandemia y que es el primero que quise destacar en un pliego que me pidió la revista *Vida Nueva*, al comienzo de esta covid-19: *para tomar una decisión correctamente, es preciso considerar todos o, al menos, el mayor número posible de factores que entran en juego en aquella cuestión.*

Las realidades humanas son sumamente complejas y multipolares. Entre todos esos factores, podemos tener nuestras jerarquías y nuestras preferencias. Pero lo que no cabe hacer, y suele ser típico de todas las posturas conservadoras, es atenerse a unos pocos factores y actuar solo desde ellos, como si los demás no existieran. En esto parece diáfano el ejemplo de D. Trump. Una mentalidad verdaderamente cristiana, y en este caso mejor usar el adjetivo *kat-hólica* (universalista), debería parodiar un viejo apotegma súper conocido de A. Machado, dejándolo de la siguiente forma: “Tu verdad y mi verdad. Y no las contraponemos. Que juntas enseñan más”<sup>4</sup>.

La covid-19 nos deja un caso extremo de esa complejidad: evitar tanto la catástrofe sanitaria como la catástrofe socioeconómica. Otra vez, tan necesario como imposible. Entre la vida y la economía, Trump, Johnson o Bolsonaro han optado claramente por la economía contra la vida, una opción, en cierto sentido, coherente, puesto que este es, en cualquier hipótesis, “un sistema que mata”. Pero es una opción inmoral. Los hechos van mostrando que el interés económico es un interés por la propia riqueza más que un interés por los pobres. De hecho, el crecimiento de la pobreza en Estados Unidos ha sido tan fuerte como la otra cifra récord de muertos por la covid-19...

Ante opciones tan enormemente complejas, hay que aceptar que, casi con seguridad, las opciones que se tomen no gustarán a muchos. Ante ese dato,

---

4. El texto machadiano dice: “¿Tu verdad? No: la verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela”.

no queda más camino que, por un lado, informar, dando la mayor cantidad de datos posibles y, por el otro, permanecer abierto a las críticas verdaderamente democráticas, es decir, que vayan acompañadas de propuestas alternativas y no se conviertan en meras descalificaciones globales.

\*\*\*

Así estamos, rodeados de tareas tan necesarias como “imposibles”. Es esto lo que permite temer, como han expresado pensadores bien serios como Adela Cortina o Ignacio Ramonet, que de esta pandemia no vamos a salir demasiado bien. El segundo de ellos decía que no se trata de “volver a la normalidad”, porque nuestra normalidad ha sido la causa y no la solución del problema: ha sido una consecuencia del autismo cartesiano que vimos en la parte anterior —pienso yo, luego existo yo—, en lugar de ser la puesta en práctica de una verdad más completa: “existimos, luego existo”.

Con otras palabras, para terminar: el mártir Ignacio Ellacuría dejó como legado suyo que nuestra humanidad no tiene salida más que en una “civilización de la sobriedad compartida”. Se puede objetar que eso es imposible. Pero la alternativa es una civilización de la autodestrucción compartida.

Barcelona, mayo de 2020.